

VI

Para concluir nuestra exploración de Judea nos falta dirigir nuestros pasos al Norte. Partiendo de Neby-Samuil divisase á un lado el collado llamado Djoz, cubierto de ruinas; créese haber sido aquel sitio morada de José de Arimatea. Atravesando fértil valle se llega en menos de una hora á la pintoresca colina conocida con el nombre de El-Djeb, cual nombre tiene también la aldea que domina.

El pueblo de El-Djeb ocupa el mismo lugar que la antigua Gabaón, de cuyos moradores cuenta la historia, que aterrizados al saber el paso del Jordán por los hebreos y la toma de Jericó y de Hai, apelaron á estratagema á fin de alcanzar la benevolencia de los victoriosos invasores. He aquí la historia de los hechos de que fué teatro aquella antigua é importante ciudad, ó más bien actores los que la habitaban.

Cuando la suerte de Jericó y de Hai se extendió á lo lejos, los reyes del país, que habitaban las montañas ó los llanos cerca de la orilla del mar ó cerca del Líbano, hicieron juntamente alianza para combatir contra Jericó y contra Israel. Pero Gabaón que era la capital y que distaba una jornada del campamento de los israelitas, empleó la astucia para salvarse del peligro. Enviaron embajadores á Gálgala, en donde acampaba Josué con su ejército. Estos hombres llevaban con ellos asnos cargados con costales viejos, panes duros y deshechos en mendrugos, y otras cosas viejas y rechosidas. También ellos llevaban vestidos muy usados y zapatos muy viejos y remendados. Cuando llegaron al campamento, dijeron á los ancianos de Israel: «Venimos de una tierra distante, con el deseo de hacer paz con vosotros.» Los jefes de Israel les respondieron: «No seáis tal vez moradores de la tierra, que no es debida por suerte, y no podamos hacer alianza con vosotros.» Mas ellos respondieron á Josué: «Siervos tuyos somos.» Y Josué les preguntó quiénes eran y de dónde venían. Ellos respondieron: «De una tierra muy distante han venido tus siervos en el nombre del Señor Dios tuyo; porque hemos oído la fama de su poder, todo lo que hizo en Egipto, y con los dos reyes de los amorreos que estaban de la otra parte del Jordán: Sehon, rey de Hessebón, y Og, rey de Basán, que estaba en Astaroth, y nuestros ancianos, así como todos los habitantes de nuestra tierra nos dijeron: «Tomad con vosotros provisiones para un viaje muy largo, y salidles al encuentro y decidles: Siervos vuestros somos, haced alianza con nosotros. Ved los panes que tomamos calientes de nuestras casas para venir hacia vosotros como se han secado ya y des-

menuzado por muy añejos. Estos pellejos que llenamos de vino eran nuevos, y ahora están ya rotos y deshechos; las ropas que vestimos y los zapatos que traemos en los pies se han gastado á causa de un tan largo viaje.»

Josué y los jefes de Israel tomaron los comestibles de ellos en señal de buena inteligencia, y no consultaron al oráculo del Eterno, es decir, que no le consultaron por mediación del gran sacerdote, como debieron haberlo hecho. Josué les concedió la paz con la seguridad de sus vidas. Y los príncipes de la asamblea les hicieron juramento. Pero al punto se apercibieron del artificio, porque al tercer día llegaron á las ciudades de este pueblo, Gabaón, Cafira, Beroth y Carathiarim. Josué y los jefes les perdonaron, y como el pueblo murmurase por esto, respondieron ellos: «Se lo hemos jurado en nombre del Dios de Jehová, Dios de Israel, y por esto no les podemos tocar.» Según el consejo de los ancianos, Josué echó en cara á los gabaonitas su fraude, y les condenó, así á ellos como á sus descendientes, á cortar leña y á llevar agua para el servicio del altar de la casa del Señor, en lugar de todo el pueblo. Los gabaonitas les respondieron: «Llegó á noticia de nosotros, tus siervos, que el Señor Dios tuyo tenía prometido á Moisés, su siervo, que os había de entregar toda la tierra y que destruiría todos sus habitantes. Temimos, pues, mucho, y quisimos mirar por nuestras almas, y compelidos de nuestro terror, tomamos este partido. Mas ahora estamos en tu mano: haz de nosotros lo que tú tuvieras por bueno y justo.» Hizo, pues, Josué lo que había dicho, y les libró de las manos de los hijos de Israel.

Aunque Josué cometió una falta no consultando al oráculo del Eterno, como estaba obligado en todas las ocasiones importantes, no se ve, sin embargo, que Dios le castigase por haber perdonado á los gabaonitas. Se ve, por el contrario, que este juramento de alianza, arrancado desde luego por la astucia, pero ratificado, sin embargo, por respeto al nombre del Señor, que allí se ve invocado, vino á ser una ley sagrada é inviolable. Habiendo Saul, primer rey de los judíos, llevado hasta allí sus golpes, Dios castigó á todo Israel, hasta que dió á los gabaonitas una satisfacción completa. Es, pues, de presumir, que si Josué hubiera consultado el oráculo, se le hubiera respondido que hiciese poco más ó menos lo mismo. Á la verdad, existía la orden de exterminar los pueblos de Canaán, entre otros el de Gabaón, los Heveos; esto se entiende, naturalmente, de los que resistirían, que sería necesario atacar y subyugar á toda fuerza. En cuanto á los que acababan de someterse bajo todas las condiciones, sobre todo aquellos que, como los gabaonitas, ven-

drian en nombre de Jehová, Dios de Israel, le reconocían por el Dios verdadero; no habiendo nada dispuesto la ley á este propósito, era muy natural tratarles con misericordia. Josué lo dió bien á entender cuando observa que, á excepción de Gabaón, ninguna ciudad pidió la paz á los hijos de Israel, y ninguna mereció como ella la clemencia. Lo que todavía confirma esta opinión, es que la posadera ó ramera Rahab, no solamente fué perdonada con todos los suyos, sino incorporada al pueblo de Dios: casó con Salmón, de la tribu de Judá, y vino á ser así uno de los antepasados de David y del Mesías.

La sumisión voluntaria de los gabaonitas, unida á la destrucción de Jericó y de Hai, afectó tanto más á los pueblos de Canaán, cuanto que Gabaón era una gran ciudad. Hai tenía unos doce mil habitantes, pero Gabaón era mucho más considerable, era como una capital de reino. En efecto, las ciudades de Cafira, Beroth y Cariathiarim parecían haber estado bajo su dependencia; por otra parte, todos estos habitantes eran muy valientes y aguerridos. Para impedir que su ejemplo no contaminase á otros, Adonisedec, rey de Jerusalén, marchó sobre Gabaón con otros cuatro reyes que como él reinaban sobre los amorreos. Oham, rey de Hebrón; Faram, rey de Jerimonth; Jaffia, rey de Lakis, y Dabir, rey de Eglón. Á la aproximación de estos cinco reyes, los gabaonitas enviaron á pedir auxilio á Josué. Y el Eterno le dijo: «No les temas, porque yo les he entregado en tu mano; ninguno de ellos podrá resistirte.» Subiendo Josué de Gálgala, durante toda la noche, echóse sobre ellos de improviso y obtuvo una gran victoria. Mientras huían los enemigos, Dios hizo llover sobre ellos una granizada terrible y piedras muy gruesas, y muriendo muchos más de las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel pasaron á cuchillo. Entonces Josué habló á Jehová y dijo en presencia de los hijos de Jacob: «Sol, detente sobre Gabaón; y tú, luna, sobre el valle de Aialon.» Y parándose el sol y la luna, y no hubo antes ni después un día tan largo, obedeciendo el Señor á la voz de un hombre y peleando por Israel.

Los cinco reyes habían huído y se habían escondido en una cueva de la ciudad de Maceda. Habiéndolo sabido Josué en medio de su victoria, mandó á los que le acompañaban y dijo: «Rodad grandes piedras á la boca de la cueva, y poned hombres diligentes que guarden á los que están encerrados. Y vosotros no estéis así parados, sino id siguiendo á los enemigos y matad á los fugitivos que se vayan quedando atrás, y no dejéis entrar á guarecerse en sus ciudades á los que ha puesto el Señor en vuestras manos.» Habiendo, pues, hecho gran matanza en los enemigos, casi hasta el punto de no dejar uno de ellos con vida, los

que pudieron escapar de los israelitas se metieron en las ciudades fortificadas. Y se volvió todo el ejército hacia Josué á Maceda, en donde á la sazón estaba el campamento, salvo y sin haber perdido un solo hombre. Entonces Josué mandó abrir la entrada de la cueva y que le trajesen los cinco reyes. Cuando estuvieron en su presencia, llamó á todos los hombres de Israel y dijo á los jefes del ejército que estaban con él: «Id y poned el pie sobre los cuellos de estos reyes.» Ellos llegaron allí, y mientras tenían el pie sobre su cuello, añadió: «No temáis, ni os acobardéis, confortaos y tened valor, porque el Eterno hará del mismo modo con todos vuestros enemigos, contra los cuales combatiréis.» Después de esto Josué les hizo golpear y quitar la vida, y les mandó colgar en cinco maderos, y estuvieron colgados hasta la tarde, que se arrojaron sus cadáveres á la cueva en donde se habían ocultado, con grandes piedras á la entrada.

Tal fué la memorable victoria que Dios concedió á Josué para defender á los gabaonitas. Esto demostraba que aquellos mismos que habían condenado al exterminio, no recurrían en vano su misericordia.

Había, además, otra enseñanza.

Lo que puede ser conocido de Dios, sus perfecciones invisibles, su eterno poder y su divinidad, Dios lo ha hecho visible, dice San Pablo, por las cosas que ha hecho desde la creación del mundo; de suerte que aquellos que le desconocen y no le glorifican, son inexcusables. En el extravío de su corazón, los egipcios y los cananeos trasladaban la gloria del Dios incorruptible á cosas corruptibles; en vez del Creador, que es bendito en todos los siglos, servían á la criatura, al sol, la luna, la tierra, el mar, los ríos, las plantas, los animales, los hombres, los reyes. El Eterno hiere con grandes golpes para despertar á estos desgraciados adormecidos y para hacerles ver que, siendo él solo el único dueño de todas las cosas, él solamente debe ser soberanamente adorado. Hiere en Egipto á los dioses de Egipto, el Nilo, el aire, la tierra, las plantas, los animales, los hombres, los reyes; para aquellos á quienes tan grandes lecciones no convierten, entreabre el mar y les absorbe vivos. Estos terribles golpes resonaron á grandes distancias; lo vemos por palabras de Rahab y de los embajadores de Gabaón. Para especial instrucción de los cananeos, detiene la rápida corriente del Jordán, y amontona sus aguas á la vista de todo el país, destruye por el sonido de las trompetas los muros de Jericó. Los que imploran la piedad de su pueblo, aunque de fraudulenta manera, los protege milagrosamente contra sus enemigos. Abruma á éstos con grandes piedras de lo alto de los cielos: estas son las palabras del texto. Estos pueblos adoraban al

sol bajo el nombre de Baal, y la luna bajo el de Astartés ó Astaroth; les inmolaban la sangre de sus hijos. El sol y la luna ayudarán á castigarles por estas abominaciones; el sol y la luna obedecerán á la voz del hombre, que combate á sus criminales adoradores en nombre del Dios de Israel. El sol y la luna se detuvieron hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos. El sol se detuvo por esto en lo alto de los cielos y no se puso durante el espacio de un día de suerte que un día vino á ser como dos. Tales son las palabras expresas de la Escritura. Imposible es no ver que el Dios de Israel es dueño de todo: del sol, de la luna, de las estrellas, de la tierra, del mar, de los ríos, de las tempestades, de las plantas, de los animales, de los pueblos, de los reyes, de la vida y de la muerte; imposible es no ver que él solo es grande, que él solo es poderoso; en una palabra, que él solo es *El que es*.

Este milagro fué visible para toda la tierra. Así, cualesquiera que sean los tiempos históricos que han precedido entre los demás pueblos, descúbrese, sin embargo, recuerdos de ellos en sus antiguas tradiciones. Las de los chinos hablan de un día que duró muchos días y causó diversos incendios.

Algo parecido se ve entre los griegos y romanos en su fábula ó alegoría de Phaëton, que conduciendo el carro del sol prolongó mucho el día y faltó poco para incendiar el Universo. Las tradiciones griegas y latinas hablan también de una doble noche que dió origen á Hércules, y según los cálculos de un sabio francés, coincide con el doble día de los hebreos.

Cuando Josué dijo: «Detente, sol», habló como habla todo el mundo, aun los que saben bien que el movimiento aparente de este astro es debido al movimiento de rotación de la tierra sobre su eje. A la súplica de Josué, la tierra cesó de girar sobre su eje, sin que por esto cesara su marcha anual alrededor del sol ni cambiara sus relaciones con los demás planetas. Dios, que la dotó de uno y otro movimiento, podía á su voluntad suspender el uno sin el otro, ó bien suspender los dos.

En cuanto á la lluvia de piedras diremos que no es una cosa tan rara y extraña que caigan piedras de las nubes, ó aerolitos, sin que por esto se sepa aun bien de dónde proceden, ni cómo se forman. Se citan varios ejemplos en la antigüedad y en los tiempos modernos. Uno de los más singulares es la lluvia de piedras que procedió á la emersión admirable de la isla de Santorin, fuera del archipiélago, en el año 1707, con estas circunstancias; entre otras, un ruido espantoso, análogo al que producen las grandes piezas de artillería ó el trueno, se dejó sentir

por espacio de varios días, durante los cuales se vió levantar del mar, á la manera de coetes, una prodigiosa cantidad de piedras, que fueron á caer á cinco millas de distancia del lugar de donde habían salido. Lo maravilloso del hecho de que habla Josué no consiste precisamente en que cayera una lluvia de piedras, sino que cayera con tanta oportunidad, que aplastó á los cananeos, sin causar daño alguno á los hebreos. Josué supo aprovecharse de la victoria. En el mismo día tomó á Maceda, de donde salió para apoderarse de Lebra, y de allí marchó sobre Lakis, á quien también tomó después de dos días de sitio. Horam, rey de Gazer, fué derrotado por Josué, de tal suerte, que no quedó un hombre que lo pudiera contar. Se hizo dueño también de Eglod, de Hebrón, de Dabir, de las montañas, de la llanura, desde las fronteras de Egipto hasta Gabaón, en una palabra, de toda la parte meridional del país de Canaán. Trató á los reyes como había hecho con los de Jericó y de Hai. Todo esto fué asunto de una sola campaña; después volvió con todo Israel al campamento de Gálgala.

Pero cuando Jabin, rey de Asor, en la extremidad septentrional, oyó todas estas cosas, envió mensajeros á Jabab, rey de Madon, y á los reyes de Semeron y de Achsaf, después Ptolemaida, y á los reyes del Septentrión, que habitaban en las montañas y en los llanos de la parte austral de Ceneroth ó del lago de Genesareth, asimismo á los de las campiñas y de las regiones de Dor, junto al mar, y á los Cananeos de Oriente y de Occidente, y á los amorreos y hetheos, y á los ferezeos y jebuseos de las montañas, y á los heveos que habitaban en las faldas del Hermón, parte del monte Líbano, en el territorio de Masfa, al otro lado del Jordán. Y salieron todos con sus tropas, pueblo tan numeroso como la arena que está en la playa del mar, y con ellos una gran multitud de caballos y carros. Y juntáronse todos estos reyes en las aguas del Merom, en la parte septentrional de Canaán, para pelear contra Israel. Marchó Josué contra ellos y el Eterno le dijo: «No los temas, porque yo mañana á esta misma hora te entregaré todos estos para que sean pasados á cuchillo á vista de Israel. Cortarás los nervios de sus caballos y quemarás sus carros.» Josué cayó de improviso sobre ellos con su ejército, les acuchillaron y persiguieron hasta Sidón la grande y hasta el campo de Maseredot y hasta el campo de Masfa, que está hacia el Oriente. Ninguno pudo escaparse. Volviendo de repente sobre sus pasos, tomó á Asor, que había sido hasta este momento la capital de todos estos reinos, la destruyó por el fuego y exterminó al rey y á todos sus habitantes. Hizo lo mismo con las ciudades y con los reyes de